

El caos en seguridad pública federal: ¿quién paga la cuenta?

(Mauricio Saldaña, pág. 4-6)

Son innumerables los temas que arruinó Alfonso Durazo mientras cobró en Constituyentes. Con manos diestras, se aplicó diligente empleando su sólida experiencia en las tareas vinculadas a seguridad interior con Luis Donald Colosio y Vicente Fox: ninguna.

Si hay que reconocerle a Andrés Manuel López Obrador su talento para elegir siervos y no especialistas que conduzcan al país, Alfonso Durazo es un ejemplo palmario de esas competencias: sin experiencia, formación ni arrojo, Durazo logró una proeza que pocos en su cargo hubieran podido siquiera acariciar.

Esa hazaña, imposible de superar, ha sido combinar las artes de la química con la patafísica, que como se sabe, Pere Ubu la llamó “ciencia de las soluciones imposibles”. Patafísico solvente, Durazo hizo añicos lo que estaba hecho polvo.

Sirvan estas líneas como amoroso panegírico a la gestión del peor encargado de seguridad federal que ha conocido este país desde que Aztlán fue concebido, o antes, acaso.

A su sucesor le espera una agenda de pendientes que requiere de conocimiento y allegarse de especialistas, además de poseer una determinación puntual para llevar a buen puerto la seguridad pública, interior y nacional del país.

Van pues, esos diez elementos que deberá apuntar en su agenda y aplicarse a fondo, porque la tarea es monumental y el tiempo apremia.

1.-La Guardia Nacional. La estrategia más apropiada para darle nuevos y renovados bríos a la Guardia Nacional consiste básicamente en eliminarla. Es cara, improductiva, con tareas inabarcables y con resultados que llaman al sopor.

Sin embargo, en el entendido que la criminología de La Chontalpa no lo aceptará, pues hay que seguir cargando al fardo por lo que resta del sexenio. Por ello, el viraje que deberá dársele a su conducción es esencialmente remedial, pero debe dársele alguna utilidad, más allá de enviar a sus efectivos a enfrentarse con los cárteles, con los cartuchos contados porque racionan demasiado desde las oficinas centrales.

El viraje debe considerar por lo menos tres elementos para que la Guardia Nacional tenga algún propósito real, además de “tirar rostro” en calles urbanas:

- Primero, redimensionar su misión, porque sus propósitos son al menos, confusos hasta para ellos mismos.



- Segundo, modificar el criterio de asignación de tropas por entidad.

- Tercero, valorar si tiene sentido el que las fiscalías estatales sean sus damas de compañía, a sabiendas que los halconean y reducen su menesterosa eficiencia.

Todo lo anterior, con una obviedad presente: las nuevas disposiciones confirman que la Guardia Nacional será dirigida por la SEDENA. Esto por sí solo requiere una “operación cicatriz” con la Marina, ésta que debe “vigilar los mares”, según la epistemología tropical.

2.-Frenar a CJNG. Será menester que el nuevo decisor en Constituyentes identifique que capturar a Nemesio Oseguera puede ser atractivo desde la lógica precaria de Palacio Nacional, en el sentido que controlar al símbolo es tener resuelto el problema.

Por ejemplo, Emilio Lozoya tiene dos funciones en este momento: por una parte, reproduce ad nauseam cualquier acusación que le pidan y, por otra, desempeña el rol de tótem del peñanietismo en términos de corrupción.

¿Tiene sentido emplearlo como tótem? Seguramente no, desde la lógica de la impartición de justicia, pero para alguien que confunde a Vicente Guerrero con José María Morelos, seguro que sí lo tiene.

En el caso de Nemesio Oseguera, la tentación de detenerlo es enorme porque el expolicía es un símbolo. Si el sucesor de Durazo quiere hacerle gordo el caldo a López Obrador, irá por el jefe criminal; sin embargo, si lo que busca son resultados, tiene que ir por su plana mayor y capturarla, algo que no tiene nada de sencillo.

3.-La estrategia contra los cárteles y clanes. En un tenor complementario al de Nemesio Oseguera y ya claramente a destiempo, habrá que comenzar por el principio y delinear una estrategia contra los grupos de mayor riesgo para la seguridad interior.

Operativamente hablando, los grupos criminales de Sinaloa, CJNG, Zetas, Juárez y Golfo son los que tienen características de cárteles; “La Familia Michoacana” o la organización Beltrán Leyva no son cárteles, sino clanes; es decir, se trata de grupos criminales que no tienen el tamaño de un cártel, justamente.

En Constituyentes tendrán que analizar los datos y establecer qué organizaciones deberán dismantelar y no caer en alguno de los dos extremos: el de Felipe Calderón, consistente en detener a “un peligroso lugarteniente” todos los días y festinarlo con frenesí u, optar por la doctrina López-Durazo: no hacer nada.



Mucha de esta información la tienen en CNI: solo hay que hacerse de un equipo de expertos que sepa leer entre líneas a esos hechos y datos para comenzar a trabajar. Y no estaría de más investigar en los gobiernos estatales y municipales.

4.-Oxígeno suplementario al SESNSP. El Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública está agonizando. Su rostro luce deforme: muestra terribles dientes, pero son de unicel. No hay dinero que ofrezca a los municipios, por lo que carece de sentido su funcionamiento en lo financiero.

Por otra parte, ha corrido la voz entre alcaldes de todo el país: hay que cabildar en San Lázaro y en Palacio Nacional para conseguir dinero, no llenando formularios en Mariano Escobedo.

Propensos a la genuflexión como política pública, en las oficinas del Secretariado ni chistaron cuando emplearon un serrucho para quitarle recursos. Probablemente, vendría bien una limpieza en tales instalaciones y colocar expertos verdaderos, que deben tener una característica puntual y no negociable.

Tal característica es ser auténticamente técnicos, que les guste el análisis y los tableros de control, sin buscar brillo ni reflectores. Ser secretario ejecutivo en ese lugar es una posición ingrata, callada, técnica, discreta y de resultados.

5.-Control de daños en CNI. En aquellas instalaciones también requieren oxígeno suplementario, considerando la triple guerra que han padecido en los últimos dos años:

- La primera guerra la han emprendido contra Alfonso Durazo, llevando todas las de perder en los encontronazos contra el bunker de Constituyentes.
- La segunda guerra es adentro del lugar, ya que los conflictos son diarios entre los verdaderos expertos, contra los que ni remotamente lo son, pero son leales a Audomaro Martínez y, contra otros similares, pero adictos a Alfonso Durazo.
- Y, la tercera guerra es contra los enemigos del exterior, como siempre ha sido en esa dependencia.

La misión, entonces, consiste en tranquilizar las aguas entre CNI y la Secretaría, intentando trabajar en equipo y sobre todo, buscando obtener resultados. La reflexión incluye ser asertivo con López Obrador, a la hora de hablar con él sobre temas de inteligencia.

Esas salidas retóricas de “no le apunten eso al Presidente porque le molesta” no es funcional. Hay que entender que el analista informa lo que es y ya es problema del decisor si quiere aceptarlo o negarlo.



6.-Profesionalizar (otra vez) a SSP. Fue una tarea titánica construir una nómina más o menos competente al interior de Constituyentes. Pues, esa nómina mutó en una estructura pletórica de amigos, recomendados y, sobre todo, de esa especie surgida en Paseo de la Reforma cuando fue tomada hace años: los activistas.

A la Secretaría han caído toda clase de personajes que llaman a viscosa confusión, pero sobresale un nutrido contingente de abogados que han colaborado en algún tema penal y ya con eso tienen competencias para la investigación, la criminología y la criminalística.

Docenas de expertos fueron enviados al cadalso por su venéreo pasado, al haber trabajado en el priato y el panismo. Los menos, lograron hacerse de un espacio y se quedaron. Los más, se descubrieron consultores en seguridad.

Viene una formidable tarea: llamar a los expertos y ponerlos a trabajar, para dar resultados. Todo lo anterior, bajo el acecho cotidiano de aquellos que filtrarán currículos a la prensa y dominados por la alharaca dirán que son priistas y panistas los recién llegados.

Recuperar el conocimiento de esa Secretaría va a llevar mucho tiempo, pero es posible lograrlo, particularmente si el nuevo mandamás de esa dependencia tiene el conocimiento apropiado para emprenderlo y sabe que no tiene mucho tiempo para lograrlo, pero no hay otra opción más que intentarlo.

7.-Asegurar el suministro de estadística confiable. Endeble o robusto, chueco o derecho, pero el mecanismo de proveeduría de datos del Secretariado en Mariano Escobedo servía de algo para poder trabajar con datos oficiales.

En el sexenio de Enrique Peña Nieto había que cruzar, por ejemplo, los datos de homicidio del Secretariado con los del INEGI y buscar en las oficinas estatales del Registro Civil para tener alguna certeza.

A la llegada de posgraduados en Cooperativismo al Secretariado, los datos comenzaron a hacer agua. Y preguntando aquí y allá, se encontró el origen del caos: los gobernadores de MORENA han exacerbado el cuchareo de las cifras que envían al Secretariado.

Así es como hay datos estatales que pueden tener diferencias hasta del 30 por ciento, si se compulsan con otras fuentes. Es el efecto López-Gatell en incidencia delictiva. ¿Importa en Mariano Escobedo tal deformación cuantitativa? No. Pero al país sí le importa.



8.-Las relaciones con las dieciséis agencias. Si se le preguntara a los que se van de Constituyentes o a los moradores de Palacio Nacional sobre su relación institucional con las dieciséis agencias, seguramente dirían que ellos no compran cosméticos ni envases de plástico en abonos.

Pero no: las dieciséis agencias son el nombre con el que se conoce genéricamente a las entidades estadounidenses que operan temas de seguridad pública, interior y nacional; por ejemplo, DEA, FBI o ATF.

Tener una buena relación con las dieciséis agencias permite realizar muchas cosas en beneficio de ambos países. Con su enciclopédica ignorancia a cuestas, López Obrador ha dicho que la DEA entraba a México “como Pedro por su casa”. Pues, la DEA y sus compañeras tienen oficinas en la capital del país.

El que tengan oficinas en México, no podría ser de otra forma. Para ser precisos, tienen que contar con una representación aquí. Negarlo es absurdo; cancelarlo es temerario; ocultarlo es privilegiar lo aldeano sobre lo pragmático.

9.-Atlas Delictivo de Pandillas. El mejor Atlas sobre Pandillas que se ha hecho en México, data de los años de Genaro García Luna en la Secretaría de Seguridad federal; sí, del torvo y siniestro socio criminal de todos los delincuentes de alto impacto en este país. García Luna es la mula de seis para cualquier periodista: sirve como estorbo, motivo y dique.

En un gobierno dominado por el maniqueísmo, los malos son muy malos y los buenos son muy buenos. Con todo, García Luna hizo cosas que siguen empleando en seguridad pública e interior: mucho de Plataforma México, por ejemplo. Y el Atlas es otro de esos productos que la gente de García Luna llegó a desarrollar.

Algo parecido ocurre a lo de la lógica táctica de los cuadrantes, que trajo a México el doctor Manuel Mondragón y Kalb y que se usa en docenas de municipios. Aunque López Obrador ignore olímpicamente a la sabiduría del doctor en comento, su aportación ahí queda.

Es lo mismo con el trabajo de Patricia Bugarin y Renato Sales en materia antisequestros. Su notoria experiencia y resultados ahí están. Mientras el tabasqueño no entienda que los seres humanos no somos blanco y negro, sino una sucesión interminable de grises imperará el absurdo como doctrina.

Pues, es imperativo construir un Atlas sobre pandillas. Un solo motivo es suficiente para hacerlo: de las pandillas se nutren los cárteles y los clanes y más lejos, en casos excepcionales comienzan a crecer hasta hacerse cárteles.



Hay que mapear a las pandillas en todo el país. Pocos son los municipios que ya han hecho algo al respecto. La Ciudad de México tiene un conocimiento apropiado del tema, pero otras entidades federativas no tienen la menor idea.

10.-Cerrar el paso al huachicol en México (y de Guatemala). Hay tres enormes canales por los que el huachicol se mueve en el país: Guanajuato, Puebla y la Ciudad de México. Y del exterior, llega combustible guatemalteco.

Suponiendo que ya quedó razonablemente claro que no era correcta la criminología de escuela nocturna que visualizó el que si se “cerraban” los ductos se acabaría el huachicol, ahora hay que enfrentar con seriedad al problema.

Un solo criminal obtenía 40 millones de pesos diarios para pagar sus gastos, embutes y quedarse con su utilidad: José Antonio Yépez. Y como se ha repetido robóticamente, no son más que unos pocos los que tienen el perfil de “El Marro”.

Sin embargo, el problema no se solucionará deteniendo a unos treinta personajes con esas características que son los señores feudales del huachicol en México, sino dismantelar a su estructura, en la misma forma que se requiere hacerlo con los cárteles y clanes.

Y para eso se requiere paciencia, inteligencia y secretismo. Dismantelar una pandilla de unas mil o dos mil personas no es fácil y menos cuando la “puerta giratoria” está lista para dejarlos en libertad, con la complacencia del juez en turno.

Por lo que se refiere al huachicol guatemalteco, al nuevo inquilino de Constituyentes le conviene mirar a tres lados: a la Casa de Gobierno en Chiapas, al Instituto Nacional de Migración y a Lomas de Sotelo. Son los guardianes fronterizos. Que lea quien sepa leer.

Ahí están los pendientes más importantes. Ahora viene lo interesante: hacer el trabajo.

La desairada queja de Sánchez Cordero

(Juan Ramón Bustillos, pág. 1-3)

Por dignidad, Olga Sánchez Cordero podría aprovechar el fin de quincena para dar las gracias al presidente López Obrador.

Cuando la secretaria de Gobernación, quizás con la intención de estremecer al gobierno se declaró víctima de la misoginia de los integrantes del gabinete de seguridad, su coraje fue en aumento porque nada pasó. Es probable que a los menurjes que usa para contener el coronavirus añadiera un poco de té de tila e incluso valeriana.



Pero la vida transcurrió como si nadie se enterara de sus pesares.

Algunos medios de comunicación enviaron sus palabras al infierno de las páginas interiores y otros ni siquiera las registraron.

La Jornada, el único periódico dirigido por una mujer, Carmen Lira, que además es comadre del presidente López Obrador, le concedió una llamada en la última página, pero para nada mencionó que agrupados en una especie de Club de Toby, los colegas de Sánchez Cordero no registraron la sensacional revelación, merecedora, si no de una marcha feminista, sí de una renuncia digna que, esa sí, habría estremecido a la Cuarta Transformación.

A NADIE INTERESA RELEVARLA

La señora Sánchez Cordero debería animarse a participar en la próxima manifestación feminista y sin llegar al extremo de vandalizar el Ángel de la Independencia o el Hemiciclo a Juárez o desafiar a la policía de Claudia Sheinbaum, exigir que López Obrador deje de hacer lo que hasta hoy, oírla sin escucharla, y que los miembros del gabinete no la tiren a lucas cuando aporta sus opiniones.

Como no la veremos en la calle manifestado su enojo y tampoco sabremos si ya se atrevió a quejarse con su jefe, es de preguntarse por qué hasta el pasado martes 20 se animó a hacer pública su triste situación.

En todo caso, la culpa es suya y de nadie más. Fue quien aceptó del presidente el desmantelamiento de su dependencia a grado que apenas es algo más que una ventanilla de quejas u oficialía de partes.

No se trataba de mantener Gobernación como la concibió Miguel Osorio Chong, quien, para apuntalar sus aspiraciones presidenciales, convenció a Enrique Peña Nieto de sumarle la Secretaría de Seguridad hasta convertirla en super secretaría; tampoco mantenerle el supuesto manejo de la prensa que en realidad se hizo desde Los Pinos en los tiempos de Carlos Salinas, aunque orgánicamente la tarea estuviese encomendada a Gobernación.

López Obrador debió al menos dejarle el aparato de espionaje político que nació como Dirección Federal de Seguridad y con los años tornó en CISEN para terminar como Centro Nacional de Inteligencia que fue ubicado en el territorio de Alfonso Durazo, pero maneja un militar tabasqueño que reporta directo al presidente, el general Audomaro Martínez Zapata



AMLO, único vocero del caso Cienfuegos

(Juan Bustillos, pág. 8-10)

En una decisión sorprendente que terminará por lamentar, el presidente López Obrador se erigió en vocero único gubernamental de todo lo que el gobierno tenga que comentar, añadir o negar, en torno al juicio que por narcotráfico enfrenta el general Salvador Cienfuegos en Estados Unidos.

El 20 de octubre, cuando una reportera buscó una respuesta del secretario de Relaciones Exteriores al tema en boga, el presidente se interpuso alegando que “No estoy dando la palabra a Marcelo (Ebrard), que podría explicarlo con más precisión, pero este caso nos interesa tanto por su delicadeza que yo quiero ser el vocero, para que no hablemos todos y se evite la manipulación de la información”.

De entrada, no faltará quien suponga que se trató de un descuentón al secretario de Relaciones Exteriores que ya se encuentra, a querer o no, en el centro de la muy prematura lucha en el interior de Morena por la sucesión presidencial de 2024 debido al triunfo de Mario Delgado sobre Porfirio Muñoz Ledo para encabezar Morena.

Más grave aún porque la centralización presidencial en la vocería del tema de Cienfuegos supone desconfianza a Marcelo, pero también al general Cresencio Sandoval, secretario de la Defensa Nacional, quien tendrá que cerrar la boca cuando le pregunten sobre las supuestas andanzas delictivas de su ex jefe.

¿Por qué la desconfianza del presidente?

¿Por qué sus operadores más utilizados en lo que va del sexenio, descontando a Santiago Nieto de la Unidad de Inteligencia Financiera, podrían ser sospechosos de manipular o caer en imprecisiones sobre la información sobre Cienfuegos susceptibles de ser manipuladas por críticos y enemigos de la Cuarta Transformación?

Ebrard ha manejado a la perfección la relación con Estados Unidos, si bien en más de las ocasiones que quizás él mismo habría deseado, ha rayado en la sumisión, inexplicable en alguien de su ideología. Ha representado por consigna a un dirigente de izquierda que se despojó del disfraz, si no antiyanqui sí anti Donald Trump que en campaña electoral exigía lucir a Enrique Peña Nieto, en aras de un pragmatismo funcional al servicio del mandatario norteamericano que en noviembre se juega la reelección.

El general Sandoval pudo no estar en la terna que Cienfuegos propuso a López Obrador para seleccionar a su sucesor en la Sedena, pero a su lado obtuvo importantes puestos de su carrera, con excepción del mando de la poderosa Fuerza Armada del Estado mexicano que le confió el cuartotransformador.



Por donde se le vea, no se entiende la desconfianza presidencial a Ebrard y Sandoval. Pareciera que López Obrador desea que de ninguna manera su gobierno se aparte de un guión trazado en algún lugar ajeno al Palacio Nacional, así tenga que desperdiciar a sus hombres de mayor confianza.

Falta tiempo para conocer a detalle las acusaciones contra el ex secretario de la Defensa Nacional y, de ser cierto, la manera que habría operado para el cártel más cercano a su corazón.

Lo que sabemos al día de hoy se acerca más un guión de serie televisiva que por absurdo Netflix habría rechazado, como mucho de lo que se dice en las conferencias mañaneras.

No obstante ser posible, porque el exceso de poder suele nublar el entendimiento —el general Marcelino García Barragán diría que a los inteligentes los apendeja y a los tontos los enloquece—, resulta inadmisibles imaginar al jefe del Ejército mexicano comunicándose vía el teclado de los teléfonos Blackberry con el narcotraficante que llenaba sus mochilas con dólares, a sabiendas que en el sexenio de Felipe Calderón la Secretaría de la Defensa Nacional y la Procuraduría General de la República desembolsaron millonadas a fin de equipar a sus huestes militares y policiacas con instrumentos para interceptar las comunicaciones “seguras” de entonces.

De hecho, el equipo de espionaje durante su mandato lo manejaba su Estado Mayor.

Lo supongo lo suficientemente inteligente -sólo lo supongo porque nunca nuestros caminos se cruzaron- como para aceptar que desde su posición se atreviera a entrar en comunicación vía chat con el narco que lo tenía en su nómina. No lo haría ahora que existe el compromiso empresarial de que las pláticas de texto o telefónicas están protegidas de extremo a extremo.

A un hombre de su posición le sobraban correos de su confianza para distribuir sus órdenes y cumplir sus compromisos. Lo último en hacer sería pasar el día tecleando miles de mensajes.

Ahora bien, vaya a usted a saber si el ex secretario de la Defensa Nacional es de los personajes que encajan en la definición del general García Barragán. Fue cegado por el exceso de poder y cometió los errores infantiles que hoy lo tienen en una cárcel norteamericana en posición de no recuperar la libertad en lo que le resta de vida.

EL AHIJADO CURIOSO



Lo cierto es que hasta hoy sólo sabemos que Cienfuegos actuaba como un chamaco pegado al teclado de su teléfono inteligente para comunicarse con un narco que apantallaba a sus subordinados y socios hablándoles de tener en sus manos para su protección a un personaje del más alto nivel al que identificaba como “El Padrino”.

También que en un encuentro con sus iguales para pactar un entre o echarse unos tragos, inhalar polvo y fanfarronear, el ahijado del general vio en la televisión la imagen de Cienfuegos y, para asombro de sus contertulios exclamó que ahí estaba su “padrino”.

Más verosímil el segundo episodio que el primero, no resulta difícil aceptar también que quizás en el lugar que transcurría la reunión de narcos estuviese implantado un micrófono que transmitía los diálogos, y que en algún lugar de Estados Unidos o del territorio mexicano un analista de la DEA se aburría oyendo el parloteo hasta que escuchó la referencia a “el padrino” y a la televisión, y se dio a la tarea de buscar canales hasta que en uno de ellos encontró la imagen del secretario de la Defensa Nacional de México y dedujo la identidad del protector del narco presumido.

Si se tratara de una serie de televisión, llegado a este punto hasta el más entusiasta fan de las series de narcos habría exclamado “¡no jodan!”, apagaría el televisor o buscaría otra serie o una película más creíble.

Pero eso es lo que tenemos en lo poco que ha revelado hasta hoy la autoridad norteamericana y mantiene en vilo al gobierno mexicano, al grado que el presidente decidió monopolizar la vocería del tema que servirá para condenar a la administración anterior, pero pegó en los bajos de la única institución sólida del Estado mexicano.